

MARÍA-MILAGROS RIVERA GARRETAS: *El amor es el signo*. Educar como educan las madres, Sabina editorial, Madrid, 2012, 255pág. ISBN: 978-84-937159-6-0, 20€.

Josefa Otero Ochaíta

Después de treinta años de experiencia docente, hace dos Juan Cantonero me invitó a *Entredós* y me integré en el *Grupo de Una Historia Verdadera*, y de ahí pasé a la *Escuela de lo que está pasando* y poco después a *Sofías* y a los Seminarios de María Milagros Rivera Garretas o de Luisa Muraro. En estos dos años estoy aprendiendo a nombrar desde mí, lo que soy, lo que deseo y lo que pasa en mis clases. El regalo de Milagros Montoya, al encomendarme la reseña del libro de María Milagros Rivera Garretas: *El Amor es el signo*, es la oportunidad de poner en palabras lo que está dentro de mí, es la oportunidad de averiguarlo gracias a la mediación de los textos de María Milagros Rivera.

La recopilación de esta veintena larga de escritos, que recorren nada menos que dieciocho años de pensamiento y reflexión, es un acierto porque dan medida de lo que ha permanecido inalterable en el pensamiento de María Milagros Rivera y también de sucesivos nacimientos que han ido fructificando en relación con otras mujeres y como consecuencia del cambio de los tiempos. También es de agradecer la capacidad de M^a Milagros para absorber en los escritos más recientes esa diversidad de textos, aclarando unos, profundizando en otros, al tiempo que los articula de tal forma que les permite seguir vivos y vigentes. Por eso no es de extrañar que en el índice analítico se mencione más de cien veces el término vida, otras tantas el término relación, y amor, libertad y deseo rondan la cincuentena. El libro trata de la vida, de la relación, de la libertad, del amor y del deseo, ingredientes indispensables para abordar el tema de la educación. En las entrañas más profundas de esa educación está la madre como se indica en el subtítulo del libro y se representa en la portada a través de esa relación primaria entre cada madre y su criatura simbolizada por lo que fue cordón umbilical durante el embarazo y después de nacer es ombligo desde donde la madre enseña la palabra, el simbólico que muestra a cada criatura el mundo. Esta imagen invita a abrir las páginas con el deseo de ir hacia dentro, vacía de intenciones, para saborear el encuentro con la palabra, ahora escrita, y sentir la magia de la relación.

En la introducción titulada *la Revelación de la sexuación humana* M^a Milagros aporta una mirada crítica sobre los *supuestos* en educación y propone una renovación del magisterio cifrada en nuevas búsquedas: otras formas de aprender, otras cosas que aprender, otra forma de enseñar. Para M^a Milagros el aprendizaje es saber comunicarse, crear, expresarse... y por ello es inexacta la visión bastante consolidada que circunscribe la educación en saber escribir y comprender los textos, y equivocada la que tilda de ignorantes a los que no dominan esas técnicas, porque antes de escribir y comprender textos aprendimos de nuestra madre a poner nombre a quienes y a lo que nos rodea y siendo éste el origen del aprendizaje humano, debe ocupar un puesto privilegiado durante todo el proceso educativo. A la hora de elegir lo que hay que aprender la mirada debe posarse en el progreso humano desde la autoridad femenina, obviando lo que se ha impuesto por la fuerza (guerras, colonialismo...). Y para evitar el

infinito desgaste que a veces produce la enseñanza, la receta es aprender al tiempo que se enseña: doy, recibo y aprendo. De ahí que aunque sean tres los focos de atención sean dos los capítulos del libro. El primero dedicado al origen del aprendizaje, *La madre primera maestra ¿Cómo se aprende?*, y el segundo *Aprender es aprender lo simbólico ¿Qué es aprender?*. El tercer foco ilumina indistintamente ambos capítulos al ser para M^a Milagros un mismo hecho aprender y enseñar, siempre que se enseña se aprende.

Los artículos de la primera parte del libro, *La madre primera maestra*, me han sumido en un continuo interrogante sobre mi infancia y mi adolescencia. No sé lo que he traído de nuevo al mundo, pero sí que desde muy pequeña ha predominado en mí el espíritu de superación y de entrega. Mi madre no pudo estudiar y siempre significó para ella una carencia, una herida que no pudo cerrar. Mi padre no quiso estudiar y no quería que se repitiera en mí lo que para él era un fracaso. Mi abuela María me inculcó con su presencia y su anecdótico la alegría de vivir y la actitud de servicio (de dar amor sin pedir compensación alguna). ¿Tuve dos madres?. Es muy probable porque en mis recuerdos ambas están mezcladas y yo absorbí sus deseos y sus actitudes y los hice míos. Sin olvidar a mi padre que en esos primeros tiempos fue también un estímulo para mí. En la adolescencia un profesor del instituto, José María Sanz, alimentó mi temprana vocación de ser maestra y fue mi madre, quien sostuvo mi deseo, y venció con su autoridad femenina a la decisión de mi padre de que dejase los estudios tras finalizar el bachillerato, porque para él era suficiente esa formación para el trabajo y el matrimonio. El apoyo de mi madre fue vital para alcanzar mi sueño de ser maestra, compatibilizando trabajo y estudio.

Las reflexiones de María Milagros Rivera sobre *cómo enseñar* han sembrado luz sobre mi experiencia docente y puesto nombre a lo que yo sabía sin ser capaz de nombrar. No he participado en ningún movimiento político, ni feminista, aunque mis actuaciones parezcan desmentirlo. A los veintiséis años obtuve mi primer destino en un instituto rural, al que sólo acudían las hijas e hijos de las clases acomodadas y en su mayoría muy conservadoras. Desde mi responsabilidad de directora retiré de las aulas los crucifijos y desde mi ser y estar como mujer en el aula les transmití a las chicas modelos de *modernidad*, según algunas me han contado después, principalmente alimenté su deseo de seguir estudiando y alcanzar la autonomía personal. Estaba dando lo que había recibido, enseñando lo que había aprendido en casa y en mi instituto.

Y como el aprendizaje no termina nunca, ahora María Milagros me plantea otros retos que considero básicos para mejorar mi *cómo enseñar*. Uno es reconocer la disimetría entre la forma de aprender de mis alumnos y de mis alumnas, que va a alterar mi mirada para ser capaz de entender lo que ellos y ellas me están diciendo. Aun, como bien contempla ella, aceptando el límite entre lo que puedo ofrecer a unas y a otros, porque nunca podré ser modelo válido para ellos. Esta reflexión también me ayuda a comprender la dificultad en sintonizar con muchos de mis alumnos. El otro aprendizaje es también de atención y de flexibilidad. En este caso consiste en vaciarme para acoger lo que ellas y ellos aportan y desde ahí poner en juego los recursos que yo tengo.

En la segunda parte *Aprender es aprender lo simbólico* María Milagros compendia textos en los que a veces apunta y en otros profundiza sobre la función de la madre en dar y enseñar vida. En el artículo *Sobre la rebelión de los cuerpos*, relaciona la obesidad tanto con la posible desatención de los hijos e hijas a lo aprendido de sus madres sobre la alimentación, como por el olvido de algunas madres del final del patriarcado a proporcionar estas enseñanzas primordiales. En el artículo *La madre al servicio de la libertad* recuerda que el papel de la madre está por encima de los proyectos propios y debe apoyar a las hijas aún sin compartir su punto de vista. Otro bloque de artículos se refiere al salto significativo que supone para cualquier criatura la incorporación a la enseñanza reglada, en la que el lenguaje intuitivo de la madre se sustituye por el que marca la ciencia. Hecho que no siempre fue así para las mujeres, como bien recoge en los artículos sobre los distintos modelos de enseñanza femenina a lo largo de la historia, *Educarse entre mujeres: evolución de la educación en Europa*, que compagina con los que muestran sus vivencias en la Universidad, marcadas por el deseo de transformar la fuerza del poder por la libertad relacional, cuyo principal fruto ha sido Duoda.

Tras la lectura de esta segunda parte cabe en mí una mayor gratitud porque alimenta un deseo: el deseo de aprender, de investigar... La interpretación que hace M^a Milagros de la Historia quiebra mi concepción anterior, ilumina otros caminos y abriga nuevas esperanzas. Mis conocimientos sobre historia medieval son muy limitados o quizás están muy sesgados y, aunque desde hace una década le estaba poniendo *peros* al Renacimiento por interpretar el mundo de forma tan unidireccional a través de la ciencia, desconocía que además hubiera arrasado con otra concepción, la concepción femenina del mundo, y barrido la labor mediadora de la mujer. Saber que las mujeres medievales tenían alternativas a la concepción unidimensional impuesta por el Renacimiento y crecida en los siguientes siglos en absolutismo e incluso en el siglo XX en el fascismo, y lo que aún más me ha chocado en la propia democracia como gestora del poder y no como verdadera acción política, ha removido los cimientos que sostenían mi conocimiento histórico, me ha lanzado a la búsqueda de otros andamiajes que sostengan el pasado, aún reconociendo esa dificultad que cifra M^a Milagros en la "desnudez de la mujer" en la mayor parte de los espacios y tiempos. Es una revolución que no guardaré para mí porque lo que estoy aprendiendo ya no podré callarlo en mis clases.

Y las esperanzas se asientan en las *Conclusiones* del libro que presenta el hecho de que la caída de *este Imperio* coincide con el final del patriarcado, y eso va a revolucionar la Historia. Las mujeres en uso de nuestra autoridad femenina sustituiremos las guerras por la mediación, impondremos el sentido común y, como dice M^a Milagros Rivera, no habrá más aburrimiento en mis clases, porque contaré Una Historia Verdadera.